

Amor y Esperanza

Periódico - Parroquial-Quincenal



Año II

Alhama de Murcia, Domingo 6 de Septiembre de 1925

Núm. 39

MIS FERVOROSAS ANSIAS

¡Qué feliz sería yo, si en cada uno de vosotros viese un cristiano de verdad y un amante de la Virgen!... ¿Sabéis por qué? Porque no hay cosa que tanto llene el corazón, que saber que todos aman a quien es digno de todo amor.

Ser cristiano de verdad, es amar, es sacrificarse por Dios y por el prójimo; ser amante de la Virgen, es hacerla el objeto de todos nuestros obsequios. Ahora bien:

¿Qué es

amar y sacrificarse por Dios y por el prójimo?

Amar a Dios y al prójimo, es sacrificarse por Dios y por el prójimo; y sacrificarse por Dios y por el prójimo, es amarles.

Amar a Dios, es creer en sus palabras, confiar en sus promesas, reconocerle como Supremo Señor y Dueño de todo lo existente; y como a tal adorarle y ofrecerle sacrificios para obtener el perdón, satisfacer la pena debida a nuestras culpas, merecer la gracia y en reconocimiento de los muchos beneficios que de Él hemos recibido. Y como todo esto lo podemos hacer ofreciendo el Santo Sacrificio de la Misa, continuación del Sacrificio del Calvario, que es el más excelente de todos, por ser el oferente y la víctima el mismo Jesucristo, he aquí por qué amar a Dios, es oír Misa, cuando menos los días de precepto.

Amar a Dios, es reconocer nuestra pequeñez ante su Divina Grandeza; es unir nuestro corazón a su Corazón, por medio de la Comunión Sagrada; es visitarle diariamente en el Sagrario; es desear que todos le visiten y le amen. Amar a Dios es, en una palabra, honrarle de cuantos modos y maneras nos sugiera nuestro celo.

Sacrificarse

por Dios, es tener a raya nuestras pasiones, para que no nos arrastren a ofenderle; es tener valor para defenderle, cuando le veamos ultrajado por la blasfemia o el desprecio.

Sacrificarse por Dios, es trabajar cuanto podamos,

para que todos le conozcan y le amen; es ofrecerle nuestro dinero para atender al esplendor de su culto.

Sacrificarse por Dios, es madurar para ofrecerle las primicias del día y cumplir con nuestros deberes de cristiano: es sufrir con paciencia y sin murmurar, todas las penas, todas las contrariedades y todas las amarguras, inseparables de este destierro. Sacrificarse por Dios es, en suma, vaciar nuestro corazón de amor propio desordenado y llenarlo de amor de Dios.

Amar

al prójimo, es tratarle como quisiéramos ser tratados; es no querer para él lo que no quisiéramos para nosotros.

Amar al prójimo, es instruirle si ignora el camino del cielo; darle un buen consejo, si lo necesita; corregirle, si no obra bien; consolarle, si está triste y visitarle si está enfermo.

Amar al prójimo, es compadecerse de él y perdonarle; si nos ha ofendido; hacerle bien, aunque nos haga mal; y rogar a Dios por él, si rehusa nuestra amistad y nuestro trato. Amar al prójimo es, finalmente, cumplir con la Ley Divina que nos manda amar al prójimo como a nosotros mismos.

Sacrificarse

por el prójimo, ¿sabéis lo que es? ¡Ay! ¡Qué pocos lo entienden! Es poner en juego nuestras energías y nuestro dinero, para redimirle de la ignorancia, del hambre, del vicio y del infierno; es abrirle nuestro corazón para que caliente el suyo, helado por el error o la indiferencia, con el ardor de nuestro cariño; es darle una limosna de doctrina, de amor y esperanza para su alma y de pan y vestido para su cuerpo.

Sacrificarse por el prójimo, es contribuir con nuestro dinero, con ese dinero que muchas veces empleamos en vanidades pecaminosas, en lujos exagerados y en diversiones peligrosas, al sostenimiento del Boletín parroquial, del periódico católico, de la Conferencia de San Vicente, de las Escuelas cristianas y de otras instituciones de acción católico-social encaminadas a sanear las inteligencias, a formar los corazones y a mejorar la si-

